

## CAPITULO IV.

### EL ENSUEÑO DE LA CONCIENCIA.

#### I.

Al oscurecer de aquel día funesto para Castilla, porque en él se recrudeció la guerra civil que la venia trabajando de tantos años antes, y aniquilándola, agobiándola bajo el peso de un estado de cosas insoportable, en un ángulo de una sombría cámara del alcázar viejo de Toledo, en un enorme y magnífico lecho de roble tallado, según el gusto gótico-bizantino, bajo un ancho dosel, en cuyos cortinajes rojos se veían las armas reales de Castilla y de Leon, yacia calenturiento, moribundo, flaco, pálido, agitado por una convulsion persistente, el rey don Sancho IV, hijo del Sábio rey don Alonso, nieto del Santo rey don Fernando.

A la derecha del lecho, sentada en un sillón bizantino de alto respaldo, blasonado con las armas reales, habia una señora como de treinta años de edad, blanca, rubia, con los ojos celestes, hermosa, pero con una hermosura grave, triste, con la tristeza de un profundo dolor, mirando con una ansiedad infinita,

indescribible, al rey moribundo que parecia sepultado en un profundo letargo.

Si no lo hubiera indicado la diadema de plata sobredorada que ceñía sobre sus tocas la cabeza de aquella señora, lo agudo de su dolor hubiera revelado en ella á doña María Alfonso de Molina, esposa del rey que moria.

## II.

La cámara estaba opacamente iluminada por los tres mecheros de la lámpara de hierro ricamente cincelado que pendia del centro del artesón.

A los piés del lecho, de pié, con la atencion de la ciencia, se veian, fija la mirada en el rey, á don Abraham, su físico, y al hermano mayor de este, don Kag, físico del infante don Juan Manuel.

Al lado de estos, y con el dolor de los leales servidores en el semblante, estaban Alfonso Godinez y Pero Sanchez, camareros del rey; é inmóvil, detrás de ellos, el buen abad de Arnaz, en el movimiento continuo de cuyos labios se comprendia que oraba.

Al otro lado del lecho, apoyado en el respaldo de otro sillón semejante al en que asentaba la reina, se veia á un caballero cabellos y barba blancos, severo y rígido el semblante, noblemente vestido, altivo y firme en la apostura y profundamente abstraído en la espresion.

Parecia como que á través de su calva frente se transparentaban sombríos y terribles pensamientos.

Este señor era el infante don Enrique el Senador, hermano del Santo rey don Fernando, tío carnal por consecuencia de don Alonso el Sabio, y en segundo grado, del rey moribundo.

En otra ocasion daremos la biografía de este importantísimo personaje.

## III.

Reinaba en la cámara un silencio tal, que se percibia, no solo la agitada respiracion del real moribundo, sino tambien el ruido monótono de los pasos del hidalgo balletero de maza de la guardia del rey, que paseaba en la antecámara delante de la puerta de la cámara, cuyos tapices estaban corridos.

En la antecámara, en grupos, hablando en voz baja, cuyo murmullo era tan leve que no penetraba en la cámara real, se veian: á don Gonzalo, arzobispo de Toledo, con los prelados de Avila y de Sevilla; al jóven infante don Juan Manuel, niño de trece años, pero desarrollado ya, robusto y escesivamente simpático, con los continuos y criados de su casa; á don Diego Lopez de Haro con sus deudos; con los suyos á don Juan Nuñez de Lara, y otra multitud de ricos hombres y caballeros, escitados todos por la gravedad de la situacion.

No faltaban allí para representar todos los bandos que se disputaban el dominio, mas que los infantes de la Cerda, que andaban proscriptos en tierras de Aragon.

Asistian tambien á la antecámara los cuatro reyes de armas, Castilla, Leon, Astúrias y Galicia, con los de Estremadura, Andalucía y el reino de Murcia, formando todos con sus oficiales, lo que hubiera podido llamarse un escuadron heráldico.

Esto significaba que los médicos habian declarado de tal gravedad el estado del rey, que se tenia dispuesto todo para el solemne anuncio de su muerte al pueblo, y para la proclamacion de su heredero el infante don Fernando.

## IV.

Despues de haber dado una ojeada á la antecámara, volvamos á entrar en la cámara.

El denso letargo del rey continuaba.

¿Qué se revolvía en el alma del rey don Sancho IV, entre las sombras de aquel letargo? ¿De qué océano tempestuoso partían las oleadas que venían á extinguirse en el leve y continuo estremecimiento que agitaba los contraídos músculos del semblante del real moribundo? ¿Qué pena amarga había hecho brotar de su corazón las inmóviles lágrimas que asomaban á sus ojos entreabiertos, por los cuales se exhalaba el fuego sombrío de la fiebre?

El rey veía en lo recóndito de su espíritu á otro rey de blancos cabellos, de barba blanca, corona en la cabeza, púrpura en los hombros, espada de oro al cinto, cetro en la mano: aquel rey estaba sobre un rojo trono; en derredor suyo se veían prelados y caballeros: en la mirada dulce, benévola, inteligente del anciano rey, aparecía esa profundísima pena que revela la desolación del alma, el frío del corazón, la renuncia de toda esperanza, el dolor de los dolores, y sin embargo, las lágrimas no brotaban á los azules ojos de aquel rey que parecía tan apenado: su inmenso dolor estaba dominado por la resignación del cristiano y por el valor del caballero.

Sentado estaba aquel rey sobre su trono, delante de su pueblo: á las puertas de su alcázar, sobre un estrado, y á su diestra y á su siniestra, inmóviles y silenciosos, los prelados y los caballeros.

Silencioso el pueblo, se agrupaba en la ancha plaza mirando atónito y conmovido á aquel rey de blanca cabellera, de luenga barba, de semblante triste.

Aquel anciano había consagrado su vida á la ciencia, había descifrado los arcanes de la astrología, había sondeado el profundo abismo del corazón humano, y con la inspiración de la justicia, había dictado sabias leyes para que pudiese gobernarse, premiarse y castigarse mejor á los hombres; había lanzado su inteligencia á lo infinito del tiempo, y había dejado en sus admirables libros muy atrás al tiempo suyo. Había sido bueno, justo, prudente: la corona imperial de Alemania había ceñido sus cabellos: aquel rey era don Alonso X de Castilla, nominado el Sabio; aquel rey era el padre del rey don Sancho IV.

## V.

Y eran estos los prelados que á su derecha asistían:

El arzobispo de Sevilla y los obispos de Cádiz, de Avila y de Valladolid, todos con sus mitras en la cabeza, sus báculos en las manos, cubiertos con sus auríferas capas pontificales.

Y junto á estos, con sus insignias, las dignidades y prelados de las órdenes de caballería de Santiago, Alcántara y Calatrava.

Y estos eran los ricos hombres y caballeros que á la izquierda del anciano rey asistían:

Los embajadores del rey don Dionis de Portugal, don Gil Gutierrez, justicia de la casa del rey, Pedro García de Hayrones, Garci-Jofre de Loaisa, Pedro Ruiz de Villegas y Gomez Perez, alguacil mayor de Sevilla.

Y aquellos prelados, aquellos maestros, aquellos ricos hombres, aquel pueblo de Sevilla que se agrupaba silencioso delante de Alfonso X, era todo lo que de sus reinos quedaba á aquel rey desventurado, próximo á un día en que hasta el pan le faltase á causa de la ingratitud de su rebelde hijo el infante don Sancho.

Y esto lo veía el rey don Sancho IV en lo recóndito de su alma, sumergido en el letargo de su dolorosa agonía, y lo veía por permisión de Dios, como si hubiera asistido á aquel solemne acto determinado por el dolor, por la desesperación y por el abandono de su padre.

Y oía, como si entonces las hubiera escuchado, las terribles palabras del anciano rey.

Leía Alfonso X con voz severa, timbrada por el amargo sentimiento de su alma, un largo pergamino.

Lo que aquel rey sabio leía, era la historia de la rebelión contra él de su hijo don Sancho: acusaba el rey al infante de falta de temor de Dios y de respeto á su padre: aseguraba cómo blan-

da y amorosamente habia querido atraerle y convertirle á su deber, y ponderaba cuán inútiles habian sido sus esfuerzos de padre indulgente y cariñoso: quejábase con toda la amargura de su alma de que, abandonado por todos sus vasallos rebeldes, habíase visto obligado él, rey cristiano, enemigo y debelador de infieles, á recurrir al infiel emir de Marruecos para que le amparase contra la rebeldía de su hijo, en nombre del derecho comun de todos los padres y de todos los reyes.

Añadía la acusacion del impío menosprecio con que su hijo le habia denostado llamándole loco y leproso, falso y perjuro, y cruel matador sin causa de hombres inocentes.

Y el rey sábio continuaba, y Sancho IV seguia escuchando en su sombrío delirio estas terribles palabras: Y no bastando esto, nos ha usurpado y tomado para sí el dominio de nuestros reinos, se ha apoderado de nuestros alcázares y castillos, casas fuertes, villas y ciudades, ha puesto en prision á nuestros familiares y criados, así eclesiásticos como seglares, que nos guardaban bien y fielmente la jurada lealtad: ha detenido en su via á nuestros embajadores, ha robado nuestros tesoros, ha convocado Córtes turbulentas, en que se nos ha desposeido contra todo derecho y razon divina y humana del título y de la dignidad de rey, y no de la de padre por impedirselo el imposible de la naturaleza: ha pretendido llegar en son de guerra alzado el estandarte á nuestra leal ciudad de Sevilla y entrar por fuerza en ella y apoderarse impíamente de su rey y de su padre.

Y Sancho IV oia esto y se estremecia de los piés á la cabeza, y corria sobre su piel sudor de muerte, y se despegaba su carne de su hueso, y continuaba oyendo la voz de su padre que, severa y terrible, añadía:

Y por todo lo dicho, y por los grandes crímenes contra nos por él cometidos, que en este escrito no se relatan, le maldecimos como merecedor de la maldicion paterna, reprobado de Dios y digno del aborrecimiento de los hombres, y le sometemos por cuantos dias viviere á la maldicion divina y humana, y que manos no ponga en cosa que bien le aviniere, ni empresa acometa que á buen cabo le llevare, ni bendicion venga sobre los

que bendijere: y como á hijo rebelde, desnaturalizado y parricida, olvidado de Dios y de su alma, le desheredamos y quitamos cualquier derecho que á nuestros reinos haya tenido, señoríos, tierras, preeminencias y dignidades ó cualquiera otra cosa que en algun modo á nos pertenezca, para que ni él, ni otro por él, ni ningun descendiente suyo, pueda jamás sucedernos en cosa alguna: y esto sentenciamos usando de nuestra autoridad paterna y de nuestro poderío real absoluto, y esto confirman los preladados, los ricos hombres y los caballeros leales que aquí nos asisten, y otros muchos, y lo mandamos autorizar con nuestro sello.

## VI.

Y el rey moribundo, no pudiendo resistir mas el combate de su conciencia, se agitó en una convulsion espantosa, rompió su letargo exhalando un grito terrible, un grito inarticulado, se alzó cadavérico, espantados los ojos, trémulos los labios, miró en torno suyo, y se asió convulsivo á la reina doña María, que habia acudido, transida de pena, á sostenerle.

Los físicos don Abraham y don Kag acudieron presurosos: el abad de Arnaz se arrodilló y oró: los servidores se apenaron.

Solo el infante don Enrique quedó de pié, inmóvil, mudo, apoyado siempre en el respaldo del sillón y con la mirada fija en el rey que se asía convulsivo á su desolada esposa y ocultaba el rostro sobre su seno, como temeroso de ver aún la terrible sombra de su padre como la habia visto en el fondo de su letargo.

Y Sancho el Bravo temblaba y temblaba, y estaba frio como el hielo.

## VII.

Pasó así algun tiempo, adherido el rey á la reina, apurando esta una agonía incalculable, viendo morir su amor y su espe-

ranza, midiendo ya con su prodigiosa inteligencia las desventuras que debian rodear, muerto su padre, al jóven heredero de la corona, al infante don Fernando.

Y aquella heróica matrona se preparaba ya, sin olvidarse del agonizante marido, á cuantos trabajos, á cuantas luchas, á cuantas terribles pruebas la sujetase la voluntad de Dios.

## VIII.

Lentamente fué haciéndose mas débil la convulsion del rey; su fuerte espíritu se fué rehaciendo: al fin se incorporó, se pasó las manos por la frente, y exclamó con voz cansada:

—He tenido un mal sueño, un sueño espantoso; pero vos estais aquí, señora, aquí estais vos, mi tio don Enrique, ahí vosotros, mi buen abad, mis leales servidores; pero no veo á mi buen primo el infante don Juan Manuel. Que venga, que venga, no quiero morir sin hablarle por la última vez.

Doña María, siempre obediente y sumisa á la voluntad de su esposo y su señor, hizo llamar al infante don Juan Manuel, que estaba en la antecámara.

Cuando el infante hubo entrado, rogó don Sancho le dejasen solo con él.

La reina, el infante don Enrique, y los que allí estaban, se trasladaron á una recámara inmediata.

## CAPITULO V.

DE LA CONVERSACION QUE TUVIERON EL REY DON SANCHO Y SU PRIMO EL INFANTE DON JUAN MANUEL.

## I.

Era el infante don Juan Manuel un gentil mancebo, aunque apenas contaba trece años; era hijo del infante don Manuel, hermano menor de Alonso X, nieto en línea recta del Santo rey don Fernando, y por consecuencia, primo hermano del rey don Sancho IV.

Amábale mucho este por el afable carácter del infante, por el cariño que le debia, y porque sin duda, á causa de su juventud, no se le habia mostrado rebelde.

Hábale además favorecido mucho el rey, y desesperado y desconfiado de todos, buscaba en su lealtad un futuro apoyo para su hijo el infante don Fernando, al cual aventajaba muy poco en años el infante don Juan Manuel.

Tal cosecha de rebeldías habia cogido por fruto de la suya contra su padre el rey don Sancho IV, que buscaba desesperado una esperanza de lealtad para el infante don Fernando en el otro niño infante don Juan Manuel.